

Cántico Nuevo (2/2)

Dr. Justo L. González



Nueva York
26 de enero de 2007

Cántico Nuevo (2 de 2)

Lo que se me ha pedido para esta mañana es que establezca algunas relaciones entre lo que decíamos anoche y las características, experiencias y situaciones más concretas de la iglesia latina. Para hacer eso, me parece que lo más indicado es empezar por tratar de entender un poco mejor quiénes somos en lo que a la adoración respecta—es decir, por qué es que adoramos de ciertas maneras, y no de otras.

Cuando echamos una mirada retrospectiva hacia los orígenes de la iglesia evangélica latina y latinoamericana, lo primero que tenemos que decir es que para nuestras iglesias, en los tiempos en que se estaban formando, lo que se subrayaba respecto al culto era su *diferencia* y hasta contraste con el culto tradicional de la Iglesia Católica. Nos enorgullecíamos y nos jactábamos de que nuestro culto era diferente. La misa católica era en latín, de modo que sólo el cura y alguna persona excepcionalmente educada podía entender lo que se decía. En contraste, el culto en nuestras iglesias era en español. Para celebrar la misa, el sacerdote lucía vestimentas especiales, muy diferentes de las del común de los fieles, y a veces hasta bordadas con hilos de oro y plata. Nosotros, por nuestra parte, predicábamos vestidos como cualquier otro creyente, sin hacer aspavientos de nuestra gloria o autoridad. Cuando en la misa o en algún otro culto católico se decía algo en español—y hasta a veces en latín—lo que se decía se decía de memoria. Tal era el caso del rosario, en el que el Padrenuestro y el Avemaría se repetían al parecer hasta la saciedad. En nuestros cultos, en contraste, no había oraciones memorizadas

—excepto quizá el Padrenuestro. Aun este no se repetía frecuentemente; y cuando se decía se repetía pausadamente, para dejar bien claro que no éramos como aquellos otros, que podían decir diez Padrenuestros en tres minutos. La mayoría de las oraciones católicas usaban textos establecidos para cada circunstancia o cada fecha religiosa, y por la calle se vendían oraciones impresas pidiéndole a San Fulano que nos diera empleo, o a Santa Mengana que nos permitiera un buen parte. Para nosotros los evangélicos, todo eso no era verdadera oración; la verdadera oración tiene que salir del corazón, y tiene por tanto que ser espontánea y hasta improvisada. Los edificios mismos donde la Iglesia Católica celebraba la misa también contrastaba con los nuestros. En los de ellos había oro y plata, adornos y símbolos por todas partes, e imágenes de los personajes de la Biblia y de la historia. En los nuestros no había más que un púlpito, quizá una cruz, y tal vez algún versículo bíblico escrito sobre la pared. Ellos adoraban con velas y con incienso; nosotros no usábamos nada de eso. Para ellos, el centro del culto era la comunión; para nosotros, era el sermón. Además, en la misa los laicos podían decir poco. Y ciertamente no podían ocupar posiciones de liderato. En contraste, en nuestros cultos cualquiera hablaba, y algunas veces los laicos—varones y mujeres—predicaban.

Cuando ahora miramos retrospectivamente hacia aquellos tiempos en que nuestra iglesia evangélica latina se formó, se entiende perfectamente por qué subrayábamos esos contrastes. Las autoridades católicas—y a veces también las autoridades civiles—se nos oponían tenazmente. Tanto los primeros misioneros protestantes como los primeros evangélicos latinoamericanos tenían que dar cuenta de por qué preferían la iglesia protestante antes que la

católica. Nuestros vecinos nos preguntaban por qué habíamos abrazado la nueva fe. En tales casos, las explicaciones más fáciles eran las que tenían que ver, no con cuestiones doctrinales a veces difíciles de definir y de aclarar, sino con cuestiones fácilmente visibles como las prácticas en la adoración. Ser protestante quería decir entonces celebrar el culto en español, darle lugar al laicado en él, no usar sotanas, ni togas, ni velas, ni incienso. Ciertamente, quería decir no usar oraciones escritas ni memorizadas. En algunos casos quería decir no usar música de órgano, que era la que normalmente se utilizaba en la misa.

Es por todo esto que digo que lo que la adoración evangélica latina enfatizó en sus primeros años fue la *diferencia*—diferencia con lo que hacía el resto del pueblo en su adoración, y diferencia por tanto que nos daba sentido de identidad en contraste con el resto de ese pueblo. Esto llegó a tal punto, que hubo—y hay—quien piensa que tales diferencias son características esenciales de la verdadera adoración. Hace unos años, por ejemplo, una hermana que visitaba el seminario donde mi esposa enseñaba fue a un culto en la capilla, vio una vela encendida, dijo “papismo, idolatría”, y salió de la capilla para no volver más. ¡Como si el encender una vela fuera en sí mismo señal de idolatría! ¡O como si no hubiera en nuestra América miles y miles de iglesias en las que no hay luz eléctrica, y en las que no puede celebrarse el culto sin velas!

Lo que tenemos en tal caso no es sino un ejemplo de lo que estoy tratando de hacer ver, es decir, que desde sus inicios lo que se subrayó en el culto evangélico fue su diferencia del culto católico. Y, repito, esto se entiende si recordamos las presiones de las que la Iglesia Católica nos

hacía objeto.

Todo esto fue la situación en la que me crié. Y yo mismo por mucho tiempo me enorgullecí de que nuestro culto era diferente del culto frío, tradicionalista y hasta incomprensible de la Iglesia Católica.

Pero entre aquellos días y hoy dos sucesos importantes han cambiado la situación, y nos obligan a reconsiderar ese modo de definir nuestra identidad mediante la *diferencia* en el culto.

El primero de esos acontecimientos es el Segundo Concilio Vaticano y su secuela. Los primeros cambios propuestos por ese concilio tenían que ver precisamente con la liturgia. Y eran cambios que desde el punto de vista de los evangélicos latinoamericanos nos privaron de buena parte de nuestro arsenal polémico. Lo más notable fue que el Concilio decidió darles la razón a los reformadores del siglo dieciséis estableciendo que el culto debía celebrarse en el idioma vernáculo de cada pueblo. De pronto la misa, en lugar de ser en latín, empezó a celebrarse en español. Pero eso fue sólo el comienzo. El Concilio también ordenó que en cada país el culto se celebrara haciendo uso de los patrones culturales de ese país o lugar. El resultado en América Latina, y pronto también en el catolicismo latino en los Estados Unidos, fue que se empezaron a componer piezas usando los patrones musicales de cada país o región, y que pronto se compusieron misas completas. Así se compusieron misas criollas en Argentina, Panamá y Venezuela. Y todos conocemos al menos algunas de las canciones de la Misa Salvadoreña, de la

Misa Nicaragüense, o de la Misa Mariachi, compuesta en San Antonio por Carlos Rosas.

La historia misma de Carlos Rosas y su música ilustra lo que estoy diciendo. De joven, Rosas había pensado ser sacerdote; pero luego decidió ser laico, y se dedicó a la música religiosa. Así organizó un magnífico coro que cantaba magistralmente la música tradicional de la misa. Cuando fue con ese coro a un concurso en Roma, de momento se encontró con que varios otros grupos estaban cantando música con los patrones tradicionales de sus países, y que había mucho más interés en la música proveniente de África o de las Filipinas, y que reflejaba esas culturas, que en la música tradicional que el coro de Rosas cantaba. De vuelta a Texas, Rosas se dedicó entonces a explorar los patrones musicales mexicanos, y cómo podían emplearse para expresar los diversos sentimientos y modalidades de cada momento en la misa. Al mismo tiempo se asesoró con Virgilio Elizondo, quien fue su mentor teológico y le ayudó a darles a sus composiciones su matiz característico. De ahí surgieron varios de los himnos que hoy cantamos en muchas de nuestras iglesias evangélicas, así como la misa mariachi que se celebra regularmente en San Antonio y en varias otras ciudades en los Estados Unidos.

Junto a ese cambio al vernáculo y a la música regional hubo muchos otros que le dieron nueva vida a la liturgia católica. Algunos de ellos, que a nosotros los evangélicos pueden parecernos poca cosa, fueron significativos. Tal es el caso, por ejemplo, de haber retirado el altar del fondo del ábside, de modo que el sacerdote ahora preside la misa de frente a la congregación y no de espaldas. La predicación, que por largo tiempo había quedado descuidada dentro del

catolicismo, volvió a ocupar su lugar en el culto. Se le dio al laicado mayor participación en la misa. A algunos—particularmente a los varones—se les dieron responsabilidades de liderato en algunas partes del culto.

Todo esto le ha quitado mucho del filo a nuestra postura tradicional de subrayar la diferencia. Esto no quiere decir que todas las diferencias hayan desaparecido, ni tampoco que la Iglesia Católica haya hecho todos los cambios necesarios. Ciertamente, en lo que al liderato femenino se refiere, todavía la mayoría de los evangélicos pensamos que el catolicismo deja mucho que desear. Y muchísimas de las diferencias doctrinales todavía subsisten. Pero ya no nos resulta tan fácil como antes criticar al catolicismo porque celebra la misa en un idioma que nadie entiende, o porque no responde a las diversas culturas de los pueblos. Esta es una de las dos razones principales por las que digo que ya no basta con el énfasis en la diferencia.

La segunda razón tiene que ver con los grandes cambios que han tenido lugar en cuanto a las convicciones religiosas del pueblo latino. Cuando los primeros evangélicos subrayaban la diferencia, y aun cuando yo mismo, varias décadas después, seguía haciendo lo mismo, los evangélicos éramos una pequeñísima minoría entre el pueblo latino, tanto en América Latina como en los Estados Unidos. Eramos además una minoría prácticamente desconocida por el resto de la población. Bien recuerdo que, estando en escuela superior, tuve una larga discusión con una compañera cuyo sacerdote le había dicho que los protestantes no creíamos en la divinidad de Jesucristo. Ella lo creyó. Y, puesto que yo era el único protestante a quien ella

conocía, sencillamente pensaba que yo era un protestante extraño, y que los demás no creían en Jesucristo. Tales actitudes y falta de conocimiento servían para marginar a los evangélicos, a quienes se consideraba elementos extraños y foráneos en nuestras propias tierras. Esto se reforzaba, naturalmente, con una teología evangélica de separación del resto de la sociedad y de sus vicios. La iglesia evangélica vivía como una pequeña minoría al margen de la sociedad; y en tales circunstancias esa iglesia fortalecía su identidad, entre otras cosas, mediante un culto en el que se subrayaba la diferencia con el culto de la mayoría de nuestros vecinos.

Hoy todo eso ha cambiado. En los últimos treinta o cuarenta años el crecimiento del protestantismo entre el pueblo latino ha sido explosivo. Ya hay varios países en América Latina en los que es muy probable que haya más protestantes que católicos. En Chile, de una población total de 15.2 millones, 9.5 millones son evangélicos. En Brasil, de una población total de 170 millones, 105 millones son evangélicos. En México, donde el crecimiento no ha sido tan acelerado, hay 4 millones de evangélicos, entre una población de 50 millones. Pero aun en este último caso, los evangélicos son el 8% de la población. Aquí en los Estados Unidos, aunque no hay estudios completos, se calcula que al menos la tercera parte de la población latina es evangélica. Ya no tenemos que andarles explicando al resto de nuestro pueblo por qué es que hacemos esto o aquello, por qué es que adoramos de una manera o de otra.

Ahora, para el pueblo evangélico latino en los Estados Unidos, la diferencia es otra, y tiene que ver con la diferencia entre nuestras tradiciones culturales y las de la cultura dominante. Pero es

harina de otro costal, y tema para otra charla.

Al enfrentarnos a esos cambios demográficos, lo más común es alegrarnos por ellos, y a veces hasta jactarnos de ellos; pero rara vez nos detenemos a pensar sobre cómo esto ha de afectar la vida y misión de la iglesia—y en el caso que aquí nos interesa, su adoración. Cuando reflexionamos sobre ello, vemos que esos cambios implican una nueva responsabilidad y una nueva libertad. Por el lado de la responsabilidad, esos cambios implican que tenemos que repensar nuestra misión y nuestro culto, no ya en términos de oposición a otra tradición—lo cual era relativamente fácil—sino en términos del carácter mismo del evangelio y de nuestra fe—lo cual es un poco más difícil. Por el lado de la libertad, esos cambios implican que podemos ahora reclamar y darle forma a nuestra propia identidad, no ya en términos de contrastes o comparaciones con los católicos, sino en términos de nuestra propia visión de nosotros mismos y de nuestra fe.

AETH

Dicho en pocas palabras, ya el tema de la diferencia no es el más importante, y que por tanto ahora, como señal de la madurez que la iglesia evangélica latina va alcanzando, va siendo hora de que empecemos a recuperar y hasta a subrayar otro aspecto importante de la adoración que nuestra situación anterior nos llevó a descuidar. Me refiero a las dimensiones mucho más amplias del culto—dimensiones que nuestras propias prácticas y tradiciones frecuentemente han descuidado.

La primera de esas dimensiones es el *carácter cósmico* de la adoración. Para muchos de nosotros, el culto nos parece impresionante porque hay mucha gente. Y ciertamente es bueno que haya muchas personas en el culto. Pero lo que muchas veces olvidamos es que nuestra congregación, por enorme que sea, no es sino una pequeñísima fracción de aquella multitud que vio Juan, de todos los pueblos, tribus, naciones y lenguas, cuyo número nadie podría contar. En ese mismo libro de Apocalipsis se nos habla repetidamente de la adoración celestial, y de cómo nuestro culto no es sino parte de esa gran adoración. Allí, las oraciones de los santos son como incienso que se levanta hasta el altar celestial, donde se une al incienso de la alabanza celestial. Allí, como dice el famoso himno inspirado en el Apocalipsis, “La inmensa muchedumbre de ángeles que cumplen tu santa voluntad, ante ti se postra, bañada de tu lumbre, ante ti que has sido, que eras y serás”. Es a esa adoración que nos unimos en nuestro culto, sea que haya cuatro personas presentes, o sea que haya cuatro mil.

Y, para que veamos que esta dimensión cósmica del culto no se limita a las visiones del Apocalipsis, recordemos las palabras del apóstol Pablo: “Todas las veces que comiereis este pan o bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga”. Son palabras extrañas, si el culto no es más que los que están presentes. En un tiempo en que la comunión se celebraba a puertas cerradas, y ciertamente sin que el público en general se enterara de ello, ¿cómo puede ser eso de anunciar la muerte del Señor al comer el pan y al beber la copa? Sencilla pero sorprendentemente, por anunciamos esa muerte ante todos los poderes cósmicos; porque en ese anuncio nos unimos al canto de las edades; porque en el culto no nos

acercamos a Dios solos, ni siquiera solamente en compañía del resto de la congregación, sino que nos acercamos a Dios uniéndonos a lo que otro himno llama “la música de las esferas”.

Es por eso que tradicionalmente en el culto de comunión decimos: “Por tanto con ángeles y arcángeles y toda la compañía de los ejércitos celestes alabamos tu nombre y nos unimos en el himno eterno: ‘Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria’”.

La segunda dimensión es el *carácter sacerdotal* de nuestro culto. Por razones que todos conocemos, no nos gusta hablar de “sacerdotes”. Para muchos de nosotros, esa es una palabra católica romana, que se refiere a un nivel particular de la jerarquía eclesiástica, y por eso—y con razón—lo rechazamos. Pero el hecho es que a través de toda la Biblia, desde las páginas del Antiguo Testamento hasta el Apocalipsis mismo, se habla del pueblo de Dios como un pueblo de “reyes y sacerdotes” (Lo de “reyes” también es importante para nuestra comunidad; pero es un tema que habrá que dejar para otro día.) La iglesia es un pueblo sacerdotal. A eso me refería anoche al hablar acerca de lo que en la iglesia antigua se llamaba “la oración de los fieles”, y hoy se llama “la oración pastoral”. Como decía anoche, esta oración no es sencillamente la que el pastor o pastora dirige en intercesión por los presentes o por sus allegados, sino que es la oración que la iglesia toda, como pueblo sacerdotal, le dirige a Dios en intercesión a favor del mundo todo.

Tenemos que confesar que éste es uno de los aspectos más descuidados en nuestro culto evangélico. Y el descuidarlo tiene consecuencias tristes y hasta trágicas. En primer lugar, llegamos a hacer la ilusión de que el amor de Dios es sólo para nosotros, quienes estamos allí, adorándole; y de ese modo nos construimos un evangelio truncado, un evangelio que es sólo para nosotros, y no para la creación toda de Dios. Y, en segundo lugar, nos hacemos la idea de que nuestra preocupación ha de ser sólo por nosotros, por la iglesia, por nuestro culto. Es por eso que tan frecuentemente los cristianos nos dejamos llevar por la tentación de juzgarlo todo en base al bien que le hace o que no le hace a la iglesia. Así, todos conocemos la larga historia en América Latina, en la que repetida y constantemente la Iglesia Católica ha apoyado a dictadores y hasta a asesinos, siempre y cuando respetaran y defendieran los derechos de la iglesia. Y nos hicimos la idea de que eso era solamente problema de la Iglesia Católica, hasta que empezaron a aparecer dictadores evangélicos, o dictadores que de algún modo parecían apoyar la causa evangélica. Y entonces—triste es decirlo—los evangélicos no resultamos ser muy diferentes a aquellos a quienes antes criticábamos. ¿Cómo evitar caer en esa trampa? Uno de los modos es recobrar nuestra visión y nuestra práctica de la vida y del culto de la iglesia como una función sacerdotal. Somos pueblo llamado a orar e interceder, no sólo por nosotros, sino por cuantos sufren, por cuantos odian, por cuantos no oran. Pero eso es importante, repito, recobrar la *dimensión sacerdotal* del culto.

La tercera dimensión a la que debemos llamar la atención es el *carácter comunitario* de la adoración. Por una serie de razones, nuestra tradición evangélica—y particularmente la

tradición evangélica latina—ha subrayado el carácter personal de la fe. Hablamos de aceptar a Jesucristo como nuestro “Salvador personal”. Y eso es importantísimo. Pero lo que frecuentemente se nos olvida es que Jesucristo nos salva uniéndonos a una comunidad de fe. El Jesucristo que nos salva es también el que, por su Espíritu, nos une y nos injerta en esta comunidad de fe que es la iglesia. Por tanto, al adorar, no soy yo solo quien adoro. No somos ni siquiera una multitud de un “yo” y otro “yo”, hasta llegar quizá a los miles. Quien adora es “nosotros y nosotras”. Por eso es que el Señor nos enseñó a orar diciendo “Padre *nuestro*...”.

Puesto que el tiempo apremia, no puedo extenderme demasiado en este punto. Pero les dejo con dos ejercicios: El primero, desde ahora en adelante, al leer la Biblia, tomen en cuenta cuánto se nos dice en singular—“tú”—y cuánto se nos dice en plural—“ustedes” o “vosotros”. El segundo, al preparar sus órdenes de culto, sus listas de himnos y coritos, cuenten a ver cuántos de ellos están escritos en plural, y cuántos en singular.

Todo esto nos lleva a la cuarta dimensión que nuestro culto evangélico latino ha de recuperar. Me refiero a la *dimensión temporal*. Como todos sabemos, la Reforma Protestante reaccionó contra la autoridad excesiva que se le daba a la tradición en la vida de la iglesia. Pero con el correr de los años esa reacción nos llevó bastante más allá de lo que los reformadores proponían, y llegamos al punto en que nos imaginamos que entre los tiempos del Nuevo Testamento y el nuestro no ha habido cristianos. Cuando más, recordamos a nuestra abuela, que nos llevaba de la mano a la iglesia, o quizá a algún pastor o pastora que fundaron nuestra

congregación local. Pero nos olvidamos que somos parte de una línea de esplendor sin fin en la que lucen mártires, misioneros, profetas y poetas; una vía láctea de millones y millones de estrellas, muchas de ellas cuyos nombres desconocemos, pero cuyos nombres se encuentran junto al nuestro en el libro de la vida. Cuando hoy buscamos ser fieles, tenemos las lecciones y las experiencias de esos antepasados nuestros en la fe, de esa enorme nube de testigos que nos invita a despojarnos de todo peso y correr con paciencia la carrera que nos es propuesta. Esas personas, Esteban, quien murió apedreado; Pablo, quien viajó por todo el Imperio Romano para por fin ser decapitado en la capital; Lidia, quien ofreció su casa en Filipos; Ambrosio, quien se enfrentó valientemente a la autoridad imperial; Agustín, Tomás de Aquino y Calvino, quienes dedicaron lo mejor de su intelecto al servicio de Dios; Teresa, quien caminó con Jesús; y tantos otros, conocidos y anónimos; todas esas personas de antaño son la grande nube de testigos que nos invita a correr la carrera de hogaño. Si las olvidamos, si nos olvidamos de esas generaciones anteriores sobre cuyos hombros nos sostenemos, hemos perdido una importantísima dimensión de la vida y del culto cristiano.

Por olvidarnos de esa nube de testigos nos hemos hecho la idea de que la adoración, para que sea buena, siempre tiene que ser diferente. Frente a tal opinión, me atrevo a sugerir que en el culto la originalidad no es siempre un valor positivo. Sí hay un lugar para la creatividad. Pero esa creatividad debe ser siempre en función de los propósitos del culto: alabar a Dios, escuchar su Palabra, recordar sus grandes hechos salvíficos y sus excelsas promesas, confesar nuestro pecado, experimentar el perdón divino, interceder por el resto de la creación, discernir la

voluntad de Dios para nosotros, y entregamos a Dios para que esa voluntad se cumpla. Si tales resultados se logran mejor con medios menos originales, hasta mediante la repetición o la memorización, entonces son esos medios los que hemos de emplear. Y si la originalidad y la espontaneidad nos apartan de la nube de testigos que nos rodea, es hora de que revaluemos esa originalidad y espontaneidad.

Esto me lleva a un paréntesis sobre la memorización y la repetición en el culto. Cuando yo era joven—y de eso hace más tiempo que el que quiero confesar—era costumbre entre algunos evangélicos criticar a la Iglesia Romana y a otras porque tenían oraciones leídas, y porque tenían partes del culto que siempre eran lo mismo, al punto que las gentes se las sabían de memoria. Era la época del mimeógrafo, cuando para cada servicio se preparaba un orden diferente. A veces escribíamos unas meditaciones bellísimas, unas oraciones preciosas. Muchas veces los feligreses nos felicitaban por “un bello servicio”, o por un buen sermón. Pero para la próxima semana ya nadie se acordaba de lo que habíamos leído, y mucho menos de lo que yo había predicado. Y si se acordaban, con todo y eso esas palabras no se habían hecho parte de su ser, de la fibra misma de su ser, de tal modo que pudiera servirles de recurso en momentos difíciles. Pero al menos nos felicitábamos de que cada servicio era diferente, y que por tanto nuestros cultos eran más sinceros y espontáneos. Al menos, eso pensábamos.

Hoy no estoy tan seguro. Muchos de quienes antes objetaban a todo lo que fuese memorizado hoy cantan un “corito” tres, cuatro, siete veces, hasta que la gente se lo sabe de memoria.

Aunque el proyector parece haber venido a ocupar el lugar que para nosotros tuvo el mimeógrafo, su función es muy diferente. Nosotros empleábamos el mimeógrafo para cada día hacer algo diferente, para no usar las mismas palabras, para evitar la repetición. Hoy se utiliza el proyector para enseñar algún canto nuevo, o para que las personas nuevas se sientan bienvenidas. Pero la verdad es que la mayoría de las gentes en las congregaciones que hacen uso de tales proyectores se saben la letra de memoria. Y si no se la saben cuando se canta por primera vez, ciertamente se la saben cuando se vuelve a empezar, y se vuelve a empezar, y se vuelve a empezar.

Aunque bien puede haber mucho que criticar en tal proceder, hay un elemento que debemos considerar seriamente. La repetición no es necesariamente mala. La constante variedad no es necesariamente buena. Si uno de los propósitos de la adoración es sembrar y cultivar en nosotros la semilla que vaya formando nuestra fe y nuestro carácter, la repetición bien puede ser valiosa. Esto es particularmente cierto en el caso de los niños, que quedan excluidos de servicios en los que cada día se hace y se dice algo diferente, y no hay nada en lo que ellos puedan participar. Si, al contrario, hay alguna breve parte del servicio que puedan aprender de memoria, esto les da más sentido de participación.

Sobre esa base, pensando ahora sobre los cultos a que asistí de joven, empiezo a entender por qué cuando alguien se enfrentaba a una crisis acudía a algún himno que había cantado en la

iglesia, y que se sabía de memoria. Lo que es más, empiezo a entender por qué aquellos himnos que aprendí de joven todavía nutren y alimentan mi fe. La alimentan y la nutren porque se han hecho parte de mi ser de un modo que ningún sermón ni ninguna doctrina pueden hacerlo. Se sembraron en mi alma, y allí echaron raíces.

En resumen, que la repetición no es necesariamente mala. Y con eso cierro el paréntesis, para pasar a la quinta y última dimensión del culto que quiero enfatizar. Se trata de la *dimensión geográfica y cultural*. No cabe duda de que el culto debe expresar la fe en términos de la cultura de quienes adoran. Asá nosotros adoramos en español, y a veces en inglés o en alguna mezcla de ambos. Pero en China se adora en chino, y en Corea en coreano. Eso está bien, y es como debe ser. Pero frecuentemente nos pasamos de eso a pensar que el modo en que yo adoro es el único modo aceptable—o al menos el mejor modo. Respecto a esto, empiezo por reiterar lo que dije anoche: ningún culto, por muy perfecto que sea, se merece por sí mismo la aceptación de Dios. Dios nos acepta, no por obras, sino por gracia; y de igual Dios acepta nuestro culto, no por la forma, ni por la belleza, ni siquiera por la sinceridad, sino por la misma gracia con que nos salva.

Pero hay más este gran pueblo sacerdotal a que pertenecemos se extiende por sobre toda la faz de la tierra, y se encarna en todas las culturas, y expresa su fe en todos los idiomas; y yo no tengo derecho alguno, porque no me guste o porque no lo entienda, a rechazar lo que Dios acepta por gracia. En algún país de África alguien puede adorar con tambores y danzas; en otro

lugar, alguien puede adorar con fogatas; en otro, con cítaras o con cascabeles; por acá, alguien puede adorar con maracas, guitarras y panderos, y alguien puede adorar con harpas y con órgano. Todo ello es parte de esas oraciones de los santos que se elevan como incienso hacia el altar celestial; todo ello, llamémosle adoración tradicional o contemporánea; todo ello es el culto de este pueblo sacerdotal que en mil lenguas y de mil maneras se une al himno celestial y “con ángeles yarcángeles y toda la compañía de los ejércitos celestiales” dice: “Santo, santo, santo, Señor Dios todopoderoso, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Gloria sea a ti, Señor altísimo!” Amén.

